



ELOGIO DE LA SABIDURÍA
ENSAYOS EN HOMENAJE A
MARIO BUNGE
EN SU 95° ANIVERSARIO

Guillermo M. Denegri
Compilador

Peudeba



Mario Bunge y la etnografía

Marta Crivos

Nuevamente la figura de Mario Bunge es motivo de reconocimiento. Mucho más allá de su longevidad hallamos buenas razones para celebrar su presencia atenta y su trabajo constante dirigido a elucidar cuestiones que, a lo largo de la historia intelectual de occidente, han conducido a conflictos que frecuentemente han tenido consecuencias desmesuradas. Su claridad, que resulta de la convicción fundada en el trabajo intelectual de aportar razones de la existencia de posturas y debates, es lo que convierte a Bunge en un referente insoslayable para quienes nos movemos en la interface de investigación y docencia, un altísimo porcentaje de trabajadores de los sistemas de ciencia y tecnología argentinos.

Su monumental obra es estímulo permanente para la reflexión crítica en distintos campos de la actividad científica y la consideración de sus proyecciones políticas (Bunge y Gabetta, 2013). Por mi parte, quiero compartir –como modesto homenaje al maestro– un conjunto de afinidades y complicidades que me han acercado a su obra a lo largo de mi trayectoria como trabajadora en el campo de la etnografía.

En primer término su alusión al trabajo de campo antropológico –ergo, a la etnografía– como expresión del “sistemismo más concienzudo y coherente” de todas las ciencias sociales. En sus palabras: “cuando hace trabajo de campo el antropólogo (etnógrafo) estudia hábitos sexuales y relaciones de parentesco, producción de alimentos y fabricación de herramientas, organización social y modos de hacer la guerra (si los hay), lenguaje y folklore, modos de pensamiento y sistemas de valores,

aptitudes y creencias, normas y ceremonias y mucho más. Investiga el comportamiento individual para descubrir la estructura social, y esta para entender aquel. Va y vuelve entre lo micro y lo macro, la acción y la estructura” (Bunge, 1999:67).

Es a este enfoque sistémico al que nos aproximamos en nuestras investigaciones etnográficas del modo de vida de poblaciones con una larga historia de asentamiento en ambientes específicos.¹ “Los sistemistas consideran que toda sociedad está imbricada en un medio ambiente natural” (Bunge, 1999:299). En ellas, abordamos la relación hombre-entorno natural tomando como unidad de referencia las actividades cotidianas. Si bien la delimitación de actividades, como sistemas de principios y conductas interrelacionados, es un problema empírico que debe ser abordado en cada caso (Howard, 1963); en nuestro trabajo privilegiamos su significado funcional (Hill, 1966). Esto es, concebimos, en principio, la actividad como unidad pertinente a la caracterización de las estrategias para la resolución de distintos tipos de problemas, en particular aquellos que involucran la subsistencia de un grupo en un determinado ambiente. Desde esta perspectiva, delimitadas por su carácter rutinario, generadas por expectativas desarrolladas a lo largo del tiempo y realizadas en asentamientos diseñados y organizados por ellas, las actividades cotidianas se ofrecen como campos adecuados a la consideración de los aspectos materiales, sociales, cognitivos y simbólicos de modos de vida humanos en diferentes enclaves (Lave, 1995:190).

El foco en las trayectorias individuales y grupales con relación a las actividades de subsistencia del grupo doméstico permite reconocer y mapear espacios físicos y sociales configurados y/o afectados por ellas y trazar redes de relaciones que vinculan el nivel micro (decisiones y acciones individuales) con el nivel macro (proyección de esas acciones a escala local, regional, global).

En segundo término, la convicción de que la investigación antropológica requiere de la etnografía en su versión “naturalista” como instancia empírico-descriptiva, en su rol heurístico y de prueba de conceptos y enunciados de valor teórico en distintas áreas de especialización de la disciplina –paleoantropología, antropología biológica, arqueología, folklore–. La discusión sobre el orden empírico como insoslayable instancia de contrastación del conocimiento antropológico remite a la etnografía, sea cual fuere el área de especialización

1. “Caracterización antropológica del modo de vida. Implicancias teórico-empíricas de las estrategias de investigación etnográfica”. Proyecto Incentivos a docentes investigadores SECYT-UNLP. Iniciado en 1995 y continúa.

antropológica. Así, el modo de vida de grupos humanos en el pasado y en el presente, la descripción de las interrelaciones entre sus características biofísicas, sociales y psicológicas, conciernen a diferentes disciplinas antropológicas y la expresión fáctica de estas interrelaciones al objeto de la etnografía como descripción actualística y sistémica de sus particularidades. En este contexto, las versiones “interpretativas” de la etnografía no resultan “otra cosa que conjeturas o hipótesis no comprobadas” (Bunge, 1996).

Al respecto viene a mi memoria un episodio que tuve el privilegio de presenciar hace unos años como Profesora Visitante en The London School of Economics and Political Science.² En 1999, poco antes de su muerte, Sir Raymond Firth asistía puntualmente a los seminarios organizados por el Departamento de Antropología. En una ocasión un joven antropólogo exponía su trabajo “etnográfico” en Australia haciendo gala de un fluido manejo del “modo de hablar” asociado a la comunidad de antropólogos “continentales” posmodernos. Con los ojos entrecerrados Sir Raymond parecía sufrir con estoicismo los rebuscados y a veces incomprensibles giros en la argumentación del disertante cuando de repente, abriendo muy grandes los ojos y dirigiéndose a él disparó: “La etnografía concierne a la evidencia. ¿Qué es lo que hace usted, joven?”. Más allá del efecto paralizante (y para muchos tranquilizador) de esa expresión sobre la audiencia y en particular sobre el disertante, a todos nos impresionó el valor de síntesis del enunciado “La etnografía concierne a la evidencia”. Como si de repente la etnografía como disciplina antropológica hubiera perdido súbitamente autonomía para ocupar un rol crucial en la construcción del conocimiento antropológico desde y sobre los hechos. Los hechos concebidos como estímulo y prueba de las ideas antropológicas, en el mejor de los casos prudentes hipótesis, en el peor, consagrados dogmas.

Creo que Mario Bunge hubiera disfrutado esta expresión de Firth y probablemente acordado con él. Su obra exhibe la convicción de que es posible una antropología científica y que el ruedo en que pueden ser reconocidas y eventualmente dirimidas las polémicas en torno a esa posibilidad es el ruedo empírico cuya expresión más genuina la constituye el trabajo de campo etnográfico.

Sin embargo, este rol de la etnografía no es reconocido ni dentro ni fuera de la comunidad antropológica. En términos generales las

2. Proyecto FOMECE 734 para el mejoramiento de la Enseñanza del Postgrado en Antropología de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo - Universidad Nacional de La Plata.

investigaciones en este campo exploran menos la interacción entre las disciplinas antropológicas –intradisciplinariedad– que los intercambios con otras disciplinas de las ciencias naturales y humanas –interdisciplinariedad–. Así, son escasos los intentos de intercambio entre arqueólogos, etnógrafos y antropobiólogos tendientes a delimitar y abordar problemáticas inherentes al enfoque antropológico cuyo tratamiento se vería beneficiado con el aporte de la dimensión empírica y sistémica del trabajo de campo etnográfico. Muy por el contrario, y a través, por ejemplo, de la configuración del nuevo dominio disciplinar de la etnoarqueología, los arqueólogos intentan incorporar el quehacer propio de la etnografía a su propio territorio eludiendo, de este modo, el intercambio con etnógrafos supuestamente entrenados y competentes en estrategias para acceder a información actualística relevante a la interpretación del registro arqueológico. Una prueba reciente de este estado de cosas lo constituye la decisión, por parte del CONICET, de escindir la comisión asesora de pertenencia de la Antropología. La Arqueología y la Antropología Biológica por un lado y la Antropología Sociocultural (incluida la Etnografía) por el otro.³ Resulta obvio que a esta decisión subyace la convicción de que poco tiene que ver la Etnografía con algún tipo de evidencia de interés a investigaciones arqueológicas o antropobiológicas; y, en última instancia, que poco tienen que ver estas áreas de especialización antropológica entre sí. Una apuesta a la pérdida de un objeto común abordado desde una perspectiva intradisciplinar y el preocupante retorno de la “Dicotomía natural/social como artefacto de la filosofía idealista cuya principal función es obstruir el estudio científico de la realidad. La dicotomía está en discrepancia con la unidad metodológica de las ciencias así como con la existencia de un conjunto de disciplinas que son tanto naturales como sociales, como es el caso de la antropología” (Bunge, 1999).

Al mismo tiempo, y ya fuera del campo de la antropología, asistimos a la apropiación de una versión empobrecida de la etnografía, limitada al uso errático de técnicas de entrevista y encuestas por parte de las llamadas etnociencias –etnobotánica, etnozología, etnoecología, etc.–. Estas últimas versiones, que han invadido el mercado profesional, no solo desde la antropología sino desde disciplinas que aspiran a dar cuenta de la versión “emic” de los dominios de conocimiento que abordan, se caracterizan por la utilización en terreno de algunas técnicas de

3. <http://web.conicet.gov.ar/web/conicet.acercade.evaluacion/lista-de-miembros-informes-promociones-y-proyectos>

investigación cualitativa lo cual convierte a quienes las implementan, aún sin ningún tipo de entrenamiento ni habilitación profesional como etnógrafos, en “expertos” en el estudio de las concepciones locales acerca de un amplio espectro de dominios de conocimiento que “casualmente” corresponden a los delimitados por la ciencia occidental.

El uso del prefijo “etno” en una serie de disciplinas de las ciencias naturales, en particular de las ciencias biológicas, supone, a mi juicio, algo más que un relevamiento a modo de inventario de los saberes de grupos humanos particulares acerca de los componentes de su medio natural y su correlación, más o menos forzada, con el saber científico. Sin embargo, y de modo creciente, la apropiación por parte de la comunidad de biólogos de este campo de investigación, ha resultado en un cercenamiento en términos del alcance y profundidad de la indagación acerca de las estrategias de distintos pueblos con relación al uso y manejo de los recursos de su ambiente. La investigación de las interacciones humano/otras especies constituye un emprendimiento interdisciplinario o transdisciplinario complejo que, en lo que concierne a la Antropología, requiere de un conjunto de condiciones y aptitudes que constituyen el foco y contenido de los programas de formación del etnógrafo con una orientación naturalista. Lamentablemente en los últimos tiempos se ha desestimado esta línea de investigación etnográfica y sobrevaluado aquella que, usufructuando el rotulo de etnografía, se ocupa de generar o reproducir modos de hablar acerca de entidades cada vez más intangibles e inabordables. La pérdida de esa línea de investigación antropológica ha derivado en el fortalecimiento de su apropiación por parte de profesionales de la Biología, lo cual ha conducido a la reconfiguración de este campo de conocimiento en función del interés y perfil profesional de quienes tienen como objeto de estudio otras especies y no la nuestra. En este sentido se aprecia cierto desequilibrio en la consideración de las interacciones humano/distintos componentes del medio natural, actualmente centrada en la recuperación de los aspectos simbólicos reconocibles en el corpus lingüístico obtenido mediante la realización de entrevistas como herramienta central, sino la única, accesible a los biólogos –o a cualquier etnógrafo amateur– para el relevamiento de información en terreno.

De este modo, al convertir las etnociencias en un dominio de especialización de los biólogos y no en un campo de interacción de la Biología y la Etnografía –un campo interdisciplinario–, se pierden todos los beneficios del aporte del enfoque etnográfico a la consideración de esta interacción. Volviendo a Bunge, “La sistematicidad implica una creciente interdisciplinarietà... poner el acento en las fronteras

(entre las disciplinas científicas) obstruye el progreso, porque bloquea el flujo de diferentes perspectivas sobre una única materia” (Bunge, 1999:321-322).

No sé si Mario Bunge estará de acuerdo con este intento de aplicación de algunas de sus ideas al estado del arte de la gestión académica y científica de la antropología en Argentina. Lo que sí sé es que sin tenerlo como referente —como intelectual y profesional íntegro y coherente, atento a la proyección de sus ideas en todos los ámbitos—, no me hubiera aventurado a esta reflexión que concierne al desarrollo de la antropología científica en mi país y a la que, aún sin quererlo y una vez más, Mario Bunge ha contribuido.

Referencias Bibliográficas

- Bunge, Mario: *Finding Philosophy in Social Science*, New Haven, Yale University Press, 1996.
- Las ciencias sociales en discusión. Una perspectiva filosófica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
- Bunge, Mario y Gabetta, Carlos: *¿Tiene porvenir el socialismo?*, Buenos Aires, Eudeba, 2013.
- Hill, J. N.: “A prehistoric community in Eastern Arizona”, en *Southwestern Journal of Anthropology*, N° 22 (1), 1966, pp. 9-30.
- Howard, A.: “Land, activity systems and decision-making models in Rotuma”, en *Ethnology II* (4), 1963.
- Lave, Jean: *Cognition in Practice*, Cambridge University Press, 1995.